

Mié
28
Sep
2016

Evangelio del día

[Vigésimo sexta semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: **Santos Lorenzo Ruiz, Domingo Ibáñez de Erquicia y cc.mm. (28 de Septiembre)**

“Tú vete a anunciar el Reino de Dios ”

Primera lectura

Lectura del libro de Job 9,1-12.14-16

Respondió Job a sus amigos:

«¡Se muy bien que es así!

que el mortal no es justo ante Dios.

Si quiere pleitear con él,

de mil razones no le rebatirá ni una.

Él es sabio y poderoso,

¿quién le resiste y queda ileso?

Desplaza montañas sin que se note,

cuando las vuelca con su cólera.

Estremece la tierra en sus cimientos,

hace retremblar sus pilares;

manda al sol que no brille

y guarda bajo sello las estrellas.

Él solo despliega los cielos

y camina sobre el dorso del Mar.

Creó la Osa y Orión,

las Pléyades y las Cámaras del Sur.

Hace prodigios insondables,

maravillas innumerables.

Sí cruza junto a mí, no lo veo;

me roza, al pasar, y no lo siento;

si en algo hace presa, ¿quién se lo impedirá?,

¿quién le reclamará: “¿Qué estás haciendo?”

Cuanto menos podre yo replicarle

o escoger argumentos contra él.

Aunque tuviera yo razón, no respondería,

tendría que suplicar a mi adversario;

aunque lo citara y me respondiera,

no creo que me hiciera caso».

Salmo de hoy

Salmo 87 R/. Llegue hasta ti mi súplica, Señor

Todo el día te estoy invocando, Señor,

tendiendo las manos hacia ti.

¿Harás tú maravillas por los muertos?

¿Se alzarán las sombras para darte gracias? R/.

¿Se anuncia en el sepulcro tu misericordia,

o tu fidelidad en el reino de la muerte?

¿Se conocen tus maravillas en la tiniebla,

o tu justicia en el país del olvido? R/.

Pero yo te pido auxilio, Señor;

por la mañana irá a tu encuentro mi súplica.

¿Por qué, Señor, me rechazas

y me escondes tu rostro? R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,57-62

En aquel tiempo, mientras Jesús y sus discípulos iban de camino, le dijo uno:

«Te seguiré adondequiera que vayas».

Jesús le respondió:

«Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza».

A otro le dijo:

«Sígueme».

El respondió:

«Señor, déjame primero ir a enterrar a mi padre».

Le contestó:

«Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios».

Otro le dijo:

«Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de los de mi casa».

Jesús le contestó:

«Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Ir a Jerusalén. Testimonio de Jesús.

“Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén” (Lc 9,51). De esta forma describe el evangelista Lucas la firme decisión de Jesús de encarar en profundidad las consecuencias de su fidelidad íntegra al Padre y al Reino. Hoy escuchamos el comienzo y los consejos de Jesús a sus seguidores de entonces y de todos los tiempos.

El camino hacia Jerusalén muestra la diferencia entre la primera etapa de la vida pública de Jesús, marcada por la armonía y el entusiasmo de la gente sencilla al ver y experimentar la compasión, la honradez y credibilidad de Jesús, y la segunda y definitiva, en la que se mezclan abandonos de algunos discípulos, difamaciones, altercados y expulsiones de Jesús en sinagogas y, particularmente, acusaciones de las autoridades judías y planes para deshacerse de él.

Jesús se mantiene íntegro. Sabiendo lo que va a pasar, no sólo no se desdice de lo hecho o lo dicho, sino que encara el momento con una dignidad y una superioridad que no admitan dudas o equívocos sobre sus intenciones. Lo que hace es testimoniar lo que les dice en una magistral armonía. Primero les anuncia lo que va a pasar; sabiéndolo, sube a Jerusalén.

Ir a Jerusalén. Lección para los discípulos

Antes de comentar la lección de Jesús hoy a sus discípulos, quiero rendir homenaje a un grupo de misioneros dominicos del s. XVII, con el P. Domingo de Erquicia a la cabeza, que, sabiendo lo que era muy probable que les sucediera en su Jerusalén particular, Japón, emprendieron el camino con la entereza y fuerza de Jesús. Y, después del testimonio de su palabra y su vida, fueron testigos de Jesús con su martirio. Hoy celebramos su santidad, y les felicitamos. Una cosa es hablar de subir a Jerusalén, otra muy distinta es no hablar, sino subir y, en su momento, morir por aquello que se predica y se vive.

Los seguidores de Jesús, particularmente los mártires, si no saben de forma concluyente, por humanos, intuyen, al menos, que el camino que siguen les hace avanzar hacia los valores evangélicos y las actitudes de Jesús: sencillez, generosidad, servicio, transparencia.

Simultáneamente, como el mismo Jesús, lo normal no es el aplauso y la consideración, sino todo lo contrario, el rechazo y la marginación.

Ellos siguen adelante, porque la opción tomada no admite otras prioridades a las que se refiere hoy Jesús. Su consigna es: “Tú vete a anunciar el Reino de Dios”, por encima de la familia si ésta fuera un obstáculo para el seguimiento; y por encima de posibles nostalgias que nos invitaran a mirar hacia lo que dejamos atrás. Nosotros a anunciar el Reino, contando con Jesús y con el Espíritu. No necesitamos más.

¿Qué es para Jesús vivir? ¿Cómo entiende él la vida?

¿Dónde está el secreto de su estilo de vida?



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Santos Lorenzo Ruiz, Domingo Ibáñez de Erquicia y cc.mm.

El 18 de febrero de 1981, Juan Pablo II beatificaba en Manila a Lorenzo Ruiz, padre de familia filipino muy vinculado a los dominicos, a catorce compañeros mártires dominicos, encabezadas por Domingo Ibáñez de Erquicia. Y el 18 de octubre de 1987 canonizaba al primer santo mártir filipino: el Beato Lorenzo Ruiz, con sus compañeros de martirio y de beatificación. Por ser el protomártir filipino es Lorenzo el que encabeza el grupo de los 16 mártires de la familia dominicana que dieron su vida por el Evangelio en Nagasaki, entre 1633 y 1637.

El panorama que al padre Domingo Ibáñez de Erquicia y demás misioneros dominicos se les presentaba cuando llegaron a Japón entre 1620 y 1637 no podía ser más aterrador. Desde el punto de vista puramente humano, su llegada a este país significaba ir a una muerte segura precedida de horribles tormentos; agua ingurgitada y arrojada por presión en el vientre, incrustación de agujas o cañas afiladas entre las uñas de los dedos, hoguera a fuego lento, etc. Los métodos de tortura para hacer apostatar habían ido recrudeciéndose con respecto a otras formas empleadas en períodos anteriores. A pesar de todo, los misioneros seguían llegando y la mayor parte de los cristianos japoneses se mantenían firmes en la fe. El grupo de mártires que encabezaban San Lorenzo Ruiz y Santo Domingo Ibáñez de Erquicia pertenece a esta época, en que la persecución anticristiana alcanza su clímax para terminar, en 1639, con el cierre hermético del país a toda relación con Portugal y España.

Es la época en que empuña las riendas del gobierno militar el shogun Tokugawa Iemitsu (1623-1651), que había heredado de sus antecesores el odio hacia el cristianismo. La presencia de los dominicos en Japón había comenzado en 1602 y, hasta el presente, ya habían muerto por la fe casi todos los que por entonces entraron en este país. El primer grupo –Beatos Alfonso Navarrete y 19 compañeros–, y segundo grupo integrado por setenta y dos terciarios, catequistas, cofrades y bienhechores de los dominicos fueron santificados en su mayoría durante los shogunados del fundador de la dinastía, Tokugawa Iyasu, y de su hijo Hidetada. Ahora les llegaba la hora del testimonio martirial a los que entraron y predicaron el mensaje cristiano en tiempos de Iemitsu. Es el grupo cuya Memoria litúrgica se celebra en este día.

Es un grupo variado en etnias, en estados de vida, en situaciones sociales. Hay en él hombres y mujeres, sacerdotes y laicos. Sin embargo, a la hora de confesar el nombre de Cristo todos compartieron la fortaleza en el tormento, la esperanza en la resurrección con Cristo, la grandeza de corazón para perdonar a los perseguidores. Ofrecieron su vida durante el mandato despótico e intransigente de un shogun que, decidido a destruir todo vestigio cristiano en Japón, dijo en sus últimos años estas palabras: «Mientras el sol caliente la tierra, no se permitirá la entrada de ningún cristiano en Japón; y sepan todos que, aunque sea el rey de España y aun el verdadero Dios de los cristianos o el mismo Buda, los que se atrevieren a contravenir esta orden lo pagarán con la cabeza».

Los hechos confirmaron su propósito. Durante los 28 años de su shogunado fueron sacrificados la mayor parte de los cuatro mil mártires de aquella época de la historia japonesa. Para colmo, en 1639, cerró Japón a todo influjo comercial, cultural y religioso procedente de Portugal y España. Con esto quedó oficialmente cerrada toda labor evangelizadora en territorio japonés, donde religiosos jesuitas, franciscanos, agustinos y dominicos, y numerosos laicos japoneses habían trabajado heroicamente en la difusión del mensaje cristiano.

Sin embargo, el proyectado exterminio del cristianismo no fue total, Quedó un núcleo de cristianos japoneses escondidos en las islas del Sur, que mantuvieron su fe a lo largo de varios siglos hasta la apertura de Japón a Occidente, a finales del siglo XIX. Entonces los descendientes de aquellos mártires emergieron como pequeña comunidad cristiana después de transmitir de padres a hijos su fe en Cristo, su devoción a la Virgen María y su fidelidad al papa. Así renació de las cenizas de las persecuciones la Iglesia de Japón, hoy continuadora de la evangelización que llevaron a cabo aquellos misioneros.

San Lorenzo Ruiz de Manila

Hijo de padre chino y madre filipina, nació en Binondo, Manila, en 1600. Sirvió desde muy joven en el convento e iglesia de los dominicos Binondo, donde recibió formación cristiana. Llegó a ser escribano y llevó una vida de piedad y dedicación a hacer obras de caridad. Contrajo matrimonio y tuvo tres hijos. Hacia 1636 fue acusado de complicidad en un homicidio y, perseguido por la justicia, buscó refugio en los dominicos. Gracias a la intervención del padre Antonio González pudo salir de la embarazosa situación.

Justamente por entonces el padre Antonio González preparaba la expedición a Japón, y Lorenzo, con intención de saltar a tierra en Macao, se adhirió al grupo de pasajeros. Pero, debido a los vientos, el barco se desvió a Okinawa, donde fueron todos arrestados y encarcelados. Fue durante el año que permanecieron reclusos en la prisión de Okinawa cuando se robusteció la fe de Lorenzo hasta el punto de decidirse a confesar ante los perseguidores sus convicciones cristianas.

La prueba tuvo lugar al verse ante el tribunal de Nagasaki. Aunque vacilante al principio, luego recuperó el coraje de declararse cristiano y «dispuesto a dar mil veces la vida por Dios». Confiado en la intercesión del padre Antonio, sacrificado antes que él, se atrevió incluso a retar a los jueces: «Ahora ya podéis hacer de mí lo que bien os parezca». Durante el paseo por la ciudad, fue rezando oraciones y jaculatorias y, ya en la colina de Nishizaka, sufrió la tortura del agua ingurgitada que soportó con heroica entereza y paciencia. Murió el 29 de septiembre de 1637 y sus cenizas fueron arrojadas al mar. Es el primer santo mártir de la Iglesia filipina.

Santo Domingo Ibáñez de Erquicia

Nacido en Régil (Gipúzcoa) en 1589, ingresó en la orden dominicana en el convento de San Telmo de San Sebastián. Siendo todavía estudiante de teología se alistó para predicar el Evangelio en el lejano Oriente y en 1611 se encontraba ya en Filipinas. Un año después recibió la ordenación sacerdotal en Manila y le fue encomendado el ministerio en Pangasinán, luego en Binondoc y posteriormente en Manila, como profesor del colegio de Santo Tomás.

Por el año 1622 sólo quedaban en Japón dos misioneros dominicos y los superiores decidieron enviar a aquel país a cuatro religiosos. El padre Domingo Ibáñez de Erquicia fue uno de ellos y en octubre de 1623 desembarcó en Nagasaki, con tan mala fortuna que, apenas puesto el pie en tierra nipona, salió un decreto shogunal que prohibía a los españoles permanecer en el país y cortaba radicalmente las relaciones con Filipinas. En efecto, el padre Domingo con sus compañeros zarparon, pero, tras navegar unas ocho leguas, una pequeña embarcación, preparada por el padre Domingo Gastellet, salió a su encuentro y los devolvió a la costa japonesa. Comenzaron entonces una vida de clandestinidad.

Superior de la misión dominicana durante diez años, el padre Ibáñez realizó heroicos esfuerzos para confortar a los cristianos, reconciliar a los apóstatas y administrar los sacramentos en medio de huidas, caminatas nocturnas, escondites en cuevas y en montones de paja. Y, al fin, muy buscado por las autoridades, fue recluido en la cárcel de Nagayo, en Ómura. [Fue torturado] y entregó su alma al Señor el 14 de agosto de 1633. Su cadáver fue reducido a cenizas para que los cristianos no veneraran sus restos.

San Antonio González

Jesús González Vallés O.P.